

Caminando doce pasos con Teilhard

XAVIER MELLONI, SJ

Licenciado en Antropología Cultural y doctor en Teología. Especialista en los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio, que aborda desde la perspectiva del diálogo interreligioso y la mística comparada. Vive en la Cova de Sant Ignasi, en Manresa (Barcelona), un centro internacional de espiritualidad en el valle del río Cardener.

«La mística es la gran ciencia y el gran arte, el único poder capaz de sintetizar las riquezas acumuladas por las demás formas de la actividad humana».

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, *Cartas de viaje*

Pierre Teilhard de Chardin forma parte de esos autores que, después de haberlos leído, dejan una marca indeleble para siempre, tanto intelectual como espiritualmente. Uno ya no puede dejar de pensar, comprender e interpretar la realidad sino a partir de sus claves. En mi recorrido personal, solo atribuyo una influencia semejante al Maestro Eckhart, a Martin Heidegger y a Raimon Panikkar.

Empecé a leer sus escritos al entrar en el noviciado a los dieciocho años y recorrí prácticamente toda su obra hasta el final de mis estudios de Teología. Es decir, me acompañó a

lo largo de más de quince años, entre mis dieciocho y treinta y cinco años, el período en el que se gestaron mi propio pensamiento y mi propia sensibilidad místico-intelectual. También leí bastantes biografías suyas y ensayos sobre él, particularmente los de sus compañeros jesuitas como Henri de Lubac. Solo escribir esto me embarga de una indecible nostalgia.

Leí la mayoría de sus libros con el formato inconfundible de la editorial Taurus. A partir de los años 90, Trotta y Sal Terrae tomaron el relevo de la publicación de sus obras, también con sus formatos inconfundibles. Para los que hemos nacido antes de la era informática, esto tiene más importancia de lo que parece. Los libros tienen un olor, un tacto y hasta un sabor que no se puede comparar con ninguna pantalla digital.

Como a los colaboradores de esta obra no se nos ha pedido una exposición erudita de su pensamiento, sino el impacto místico-existencial que nos ha producido, voy a expresarlo libremente a partir de doce rasgos. Voy a frecuentar las citas, porque su palabra incandescente es insustituible. Me he preguntado muchas veces cómo pudo soportar tanta incandescencia interior que arde en todos sus escritos y que los hace únicos.

1. Su conexión con la tierra desde pequeño

Teilhard de Chardin nació en Auvernia, en medio del Macizo Central francés, una zona volcánica. Esta conexión telúrica lo marcó para el resto de su vida. Cuenta él mismo que de pequeño lo atraían las piedras. Un día cayó en sus manos un trozo de hierro, el cual le produjo una conmoción tan intensa que tuvo que lanzarlo lejos de sí. Salvando las distancias, me permito decir que también a mí me fascinan las piedras y que ciertos lugares me producen una atracción indecible. Esta «mineralización» de su experiencia mística es inseparable de sus altas expansiones y elevaciones del espíritu, sin que haya discontinuidad entre ellas, sino que son complementarias, ya que él

estaba abierto al amplio espectro de lo Real. Lo más denso de la materia contiene en sí el germen del espíritu. Eso es lo que pudo sentir en sus manos el pequeño Pierre en su primer contacto con el hierro. Todo está vivo, inclusive lo que parece inerte. En esa densidad mineral ya está Omega.

2. Su experiencia en el frente durante la Primera Guerra Mundial

Después de *El medio divino*, al que luego me referiré, la segunda obra que leí fueron las cartas escritas a su prima desde el frente, las cuales están recogidas bajo el nombre de *Génesis de un pensamiento*. Me produjo un gran impacto cómo vivió su experiencia en el frente, en el que estuvo varios años como camillero y capellán de hospital de campaña. En lugar de sentirse deprimido y horrorizado, supo ver en aquella confrontación entre Francia y Alemania algo mucho más amplio: el frente de guerra era el frotamiento del tiempo emergente de una nueva civilización. En plena batalla de Verdún, escribía a su prima en 1916:

«No sé qué clase de monumento pondrá el Gobierno después aquí en la colina Froideterre para conmemorar esta gran batalla. Pero el único que me parecería apropiado es una gran figura de Cristo. Solo la imagen del Crucificado podría englobar, expresar y aliviar el horror y la belleza que, junto con la esperanza y el misterio profundo, existen en esta avalancha de conflictos y penas. Al contemplar esta escena de ardua amargura, me sentí completamente conmovido y abrumado con la idea de que yo había tenido el honor de estar parado en uno de otros dos o tres lugares en los que, en esos momentos, toda la vida del universo inflama y desinflama lugares de dolor pero que es ahí en donde un gran futuro (esto lo creo cada día más) se está gestando»¹.

¹ *Génesis de un pensamiento. Cartas 1914-1919* (1963), Taurus, Madrid, 119. Traducción de Teófilo Delgado.

El joven Teilhard se situaba ante un nivel de comprensión de la realidad mucho más amplio y con mucha más perspectiva que la mayoría de sus contemporáneos. Dos años más tarde escribía: «El frente atrae irresistiblemente porque es el límite extremo de lo que se siente y lo que se hace»².

3. El himno a la Materia

Tal vez uno de los escritos más vigorosos, originales y, sin duda, más sorprendentes para su tiempo es el *Himno a la Materia*. Data de 1919, poco después de acabada la Primera Guerra Mundial. En él expresa la fascinación por la consistencia de la inmanencia, incluyendo todas las contradicciones que comporta esa atracción para quien estaba también imantado por el polo complementario —y no opuesto— del espíritu.

Comienza saludándola así:

«Bendita seas, tosca Materia, barro estéril, duro peñasco; tú que no cedas sino a la violencia y nos fuerzas a trabajar si queremos comer.

Bendita seas, peligrosa Materia, mar violento, pasión indómita que nos devora si no la encadenamos.

Bendita seas, poderosa Materia, Evolución irresistible, Realidad siempre naciente que, al hacer estallar en todo momento nuestros límites, nos obligas a ir cada vez más lejos en la persecución de la Verdad»³.

Y así continúa durante unos largos versículos alabando la ambivalente atracción que ejercía sobre él la materia: su actividad y su pasividad, sus bruscos ataques y sus destellos sublimes, su concreción y su exceso, su dureza y su maleabilidad, su accesibilidad y su inalcanzabilidad, su carácter de amable mediadora y su indomable resistencia, etc., para acabar diciendo:

² *Ibid.*, 245. Traducción de Milagros Amado Mier y Denise Garnier.

³ *El corazón de la materia* (2002), Sal Terrae, Santander, 81.

«¡Álzame, Materia, a las alturas, mediante el esfuerzo, la separación y la muerte; álzame allí donde sea posible por fin abrazar castamente el Universo!»⁴.

Esta conjunción de opuestos tan propia de los textos de Teilhard es lo que ha despertado siempre en mí una seducción extraordinaria, transmitiéndome una vibración y un vigor que son difíciles de expresar.

4. *La misa sobre el mundo*

Otro de los textos que más me han marcado es su extraordinaria oración eucarística. En 1923 Teilhard se encontraba en una expedición geológica por el desierto de Ordos, en Mongolia. Desprovisto de pan y vino para poder celebrar la eucaristía, escribió un texto donde seguía las diferentes partes de la misa, inaugurando con ello una nueva liturgia. El comienzo de esa larga oración, «La ofrenda», me ha acompañado toda la vida desde que la leí por primera vez:

«Ya que, una vez más, Señor, ahora ya no en los bosques de Aisne, sino en las estepas de Asia, no tengo ni pan, ni vino, ni altar, me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo Real, y te ofreceré, yo, tu sacerdote, sobre el altar de la Tierra entera, el trabajo y el dolor del Mundo.

El sol acaba de iluminar, allá lejos, la franja extrema del horizonte. Una vez más, la superficie viviente de la Tierra se despierta, se estremece y vuelve a iniciar su tremenda labor bajo la capa móvil de sus fuegos. Yo colocaré sobre mi patena, oh, Dios mío, la esperada cosecha de este nuevo esfuerzo. Derramaré en mi cáliz la savia de todos los frutos que serán molidos hoy.

Mi cáliz y mi patena son las profundidades de un alma ampliamente abierta a todas las fuerzas que, en un instante, van a elevarse desde todos los puntos del Globo y a converger hacia el Espíritu. ¡Que vengan, pues, a mí el recuerdo y la

⁴ *Ibid.*, 82.

mística presencia de aquellos a quienes la luz despierta para un nuevo día!»⁵.

Ya no es posible vivir de la misma manera una eucaristía después de haber leído estas palabras, más aún cuando se me han dado múltiples ocasiones de celebrar la misa en plena naturaleza, ante paisajes extendidos que se convertían en el altar de semejante ofrenda de la tierra y de sus habitantes.

5. «Todo lo que se eleva converge»

Estamos ante una de las máximas teilhardianas. En *El fenómeno humano*, su obra más completa (escrita en Pekín entre 1938 y 1940, aunque no fue publicada hasta 1955) hace una presentación del proceso evolutivo del ser humano. Una energía ascendente recorre todo el libro. Su visión puede compararse al recorrido de una esfera desde el polo inferior, donde todo está contenido en un punto (Alfa); el despliegue esférico hasta alcanzar el máximo de la dilatación en el ecuador y luego el repliegue en el punto último del polo superior (Omega). De este modo se puede comprender visualmente cómo y en qué sentido converge todo lo que se eleva: pasado un primer período de diversificación de la materia, la entrada en el reino del espíritu implica una confluencia. Ello da una mirada unificadora de todas las aspiraciones y disciplinas humanas y también de todas las religiones, algo que Teilhard no desarrolló explícitamente pero que a mí me ha servido como clave del diálogo interreligioso.

Este punto se complementa con el siguiente.

6. «Un máximo de unión con un máximo de personalización»

La unificación no implica despersonalización, lo cual se aplica tanto a la unión mística y escatológica de cada ser humano

⁵ *Himno del universo* (1965), Taurus, Madrid, 17. Traducción de Florentino Pérez.

con Dios como a la unión de las religiones. Unirse no significa diluirse, sino al contrario: llegar al máximo de lo que cada elemento de la unión aporta. Unión no es fusión sino integración en un Uno abarcador que no elimina las especificidades, sino que las potencia:

«Nuestro Dios lleva hasta el extremo la diferenciación de las criaturas que se van concentrando en él. Es decir, en el paroxismo de su adhesión, encuentran en Dios la consumación de su perfeccionamiento individual»⁶.

7. Crecimientos tangenciales y crecimientos radiales

En *El fenómeno humano*, Teilhard explica que existen dos tipos de componentes de la energía fundamental: la tangencial y la radial. La primera fomenta la solidaridad con los elementos del mismo orden, mientras que la segunda está atraída hacia un estadio cada vez más complejo. Es decir, la primera se mueve en el territorio que ya conocemos; no conlleva ninguna crisis ni ruptura. La segunda supone una mutación cualitativa hacia estados superiores en una mayor aproximación al Centro. De ahí el nombre de *radial*: porque está dirigida al Núcleo, no a la periferia, como la primera. Estos segundos crecimientos sí conllevan ruptura con relación a los estados anteriores. Se llega a un punto de saturación que implica una discontinuidad respecto a lo vivido hasta entonces. Lo nuevo no cabe en los parámetros precedentes.

Estos cambios cualitativos se producen por un proceso de aceleración y de frotamiento, como sucede con las moléculas del agua cuando están a punto de llegar al punto de ebullición y van a pasar de líquidas a gaseosas. El cambio civilizatorio que estamos viviendo es de este orden: la aceleración de nuestro ritmo de vida y el «frotamiento» de todas las culturas y poblaciones de nuestra era de la globalización es el signo de una próxima mutación, si no de la especie, ciertamente de la

⁶ *El medio divino*, 122.

civilización que hasta ahora hemos conocido. Esta concepción la comenzó a tener estando en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, tal como ya he referido.

Tememos las crisis porque deshacen el ámbito en el que habíamos estado hasta entonces. Sin embargo, son las crisis las que verdaderamente nos hacen crecer. El «no saber», «no probar», «no poseer» del que hablan todos los místicos hace referencia a esta discontinuidad en la que se pierde pie por ir a otra orilla. En medio está el mar incierto. Asistimos, pues, a un doble crecimiento: el que se produce dentro de las formas y marcos conocidos, de carácter silencioso y a menudo inadvertido, y los que suponen una ruptura y un cambio de nivel, que nos agitan y nos provocan alarma y ruido. Y esto alcanza tanto a los procesos personales como a las transiciones civilizatorias.

8. Pasividades de crecimiento y pasividades de disminución

Otra distinción decisiva que hace Teilhard en las fuerzas y energías que componen la vida son las *pasividades de crecimiento*, fuerzas amigas y favorables que sostienen el esfuerzo humano hacia el «ser-más», y las *pasividades de disminución*, que nos acercan a la muerte. Entre las primeras está el impulso silencioso del crecimiento del cuerpo de los primeros años de la vida, y entre las segundas, el proceso de envejecimiento. Lo original de su enfoque es que no solo la acción es participación en la vida divina, sino que también se produce una honda comunión en la disminución hasta llegar al momento de morir:

«Energía de mi Señor, Fuerza irresistible y viviente, puesto que de nosotros dos, Tú eres infinitamente el más fuerte, a Ti es a quien compete el papel de quererme en la unión que ha de fundirnos juntos. Dame todavía algo más precioso que la gracia que te ruegan todos los fieles. No basta con que muera comulgando. Enséñame a comulgar muriendo»⁷.

⁷ *El medio divino* (1965). Taurus, Madrid, 87.

9. El medio divino, el *pléroma* de Cristo y la diafanía de la realidad

El gran paso que dio Teilhard fue comprender que la realidad completa es el cuerpo cósmico y místico de Cristo. Hizo la traslación contemporánea de la «Contemplación para alcanzar amor» que propone san Ignacio al final de los *Ejercicios*: «Contemplar cómo Dios está en los elementos dando el ser, en los vegetales vegetando, en los animales sensando...» [EE 235]. Ello supuso un giro radical a la concepción clásica que el cristianismo —o la Iglesia— había tenido hasta entonces con respecto al mundo:

«Hemos de reconocer en un estallido de gozo que la Omnipresencia divina se traduce, en nuestro universo, en una red de fuerzas organizadoras del Cristo total. Dios solo ejerce una presión en nosotros valiéndose de todas las fuerzas intermedias del Cielo, de la Tierra y del Infierno en el acto de formar y consumir el Cristo salvador y sobrealimentador del Mundo»⁸.

Tras haber leído a Teilhard, se entienden con mucha más fuerza las intuiciones del Cristo cósmico de los himnos de san Pablo y del prólogo del Evangelio de Juan:

«¿Cuál es esta Realidad suprema y compleja por la cual la acción divina nos va forjando? San Pablo y san Juan nos lo revelan. Es la Repleción cuantitativa y la Consumación cualitativa de todas las cosas: es el misterioso *Pléroma* en el cual el Uno substancial y lo Múltiple creado se unen sin sombra de confusión ninguna en una Totalidad que, sin añadir nada de esencial a Dios, se convertirá en triunfo y generalización del ser»⁹.

Pléroma, la plenitud crística, atrae a toda la realidad hacia sí y tal es el sentido del proceso evolutivo.

⁸ *Ibid.*, 130.

⁹ *Ibid.*

10. La encarnación continua y el proceso de cristificación

No se trata solo de la *creación continua*, sino también de la *encarnación continua*. El Cristo encarnado en Jesús prosigue en cada uno de nosotros: «A consecuencia de la Encarnación, la inmensidad divina se ha transformado para nosotros en omnipresencia de cristificación»¹⁰, de manera que «la capa humana de la Tierra se halla, entera y perpetuamente, bajo el influjo organizador del Cristo encarnado»¹¹. Esta participación en el proceso de cristificación de toda la realidad da una dimensión nueva no solo a cada acto, sino a la misma oración. Orar no es algo individual y devocional, sino que amplía la mirada de la mente y del corazón hacia una Presencia mayor que lo impregna todo y que lo convoca todo para consumirlo y consumarlo en ella.

Para Teilhard, todo ello tiene, a su vez, relación directa con la eucaristía. La eucaristía diaria es la concreción en el espacio-tiempo del gesto único de Cristo:

«Un solo acontecimiento se desarrolla en el mundo: la Encarnación, realizada en cada individuo por la Eucaristía»¹².

«En todo instante, el Cristo eucarístico controla, desde el punto de vista de la organización del *Pléroma* —que es el único punto de vista para comprender el mundo— todo el movimiento del Universo»¹³.

11. El Punto Omega

En Teilhard, Cristo Jesús adquiere una categoría que no había alcanzado hasta ahora. La evolución, lejos de contradecir la fe cristiana, le da una perspectiva y un impulso nuevos. El

¹⁰ *Ibid.*, 131.

¹¹ *Ibid.*, 132.

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*, 133.

aspecto devocional adquiere una dimensión cósmica insospechada hasta el momento. Cristo es la culminación de toda la realidad:

«Cristo es Alfa y Omega, el Principio y el Fin, la piedra del fundamento y la clave de bóveda; la Plenitud y lo plenificante. Es Él quien consume y quien da a todo su consistencia. Hacia Él y por Él, Vida y Luz interiores del mundo, a través del esfuerzo y la agonía, se da la universal convergencia de todo el espíritu creado. Él es Centro único, precioso y consistente, que resplandece en la culminación venidera del Mundo»¹⁴.

Y de tal modo lo comprendía así que dice: «La pureza de los seres se mide por el grado de atracción que les lleva hacia el Centro Divino»¹⁵.

12. Así como nuestro organismo está compuesto de células, nosotros somos células de un organismo mayor

Para acabar, no quisiera dejar sin citar un atisbo teilhardiano que aparece en las últimas páginas de *El fenómeno humano*. Se trata de una intuición que muy pocas veces se menciona. Sugiere la hipótesis de que, del mismo modo que nuestras células y órganos forman parte de nuestro cuerpo sin saberlo, los habitantes del planeta Tierra somos células de un macroorganismo cósmico, donde junto con otros planetas, sistemas solares y galaxias, formamos los órganos de un Ser superior. Una visión semejante del universo ha sido atisbada en otras tradiciones místicas, según las cuales la realidad está compuesta por una estructura fractal a diferentes escalas. Frente a las concepciones caóticas o fruto del azar de muchas teorías científicas, esta visión no deja de ser un desafío.

Sea como fuere, concluyo con unas palabras tuyas escritas en 1919 en una carta a su prima Marguerite: «Lo que yo qui-

¹⁴ *Ciencia y Cristo* (1968), Taurus, Madrid, 57.

¹⁵ *Ibid.*, 144.

siera propagar no son tanto unas ideas como un espíritu, y un espíritu puede animar casi todas las formas»¹⁶.

Sin duda, el espíritu de Teilhard de Chardin marcó a toda una generación. Más que nunca es necesario que nos siga inspirando, en un momento en el que tenemos el peligro de sucumbir en immediateces y en visiones de corto recorrido.

¹⁶ Sarcenat, 1 de febrero de 1919, en *Génesis de un pensamiento. Cartas 1914-1919* (1963), Taurus, Madrid, 328.